

Margarita Gautier por Norma Talmadge
(La Dama de las Camellias) y Luis Alonso



54

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60
LCS

MARGARITA GAUTIER
(La Dama de las Camelias)

BIBLIOTECA PERLA

Margarita Gautier

(La Dama de las Camelias)

MAGNÍFICA PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA, INTERPRETADA
POR LA EMINENTE ACTRIZ

NORMA TALMADGE

VERSIÓN LITERARIA DE
JOAQUIN ARQUES



EXCLUSIVA

METRO GOLDWYN CORPORATION

CALLE MALDONA, 230. - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204. - BARCELONA



MARGARITA GAUTIER

(La Dama de las Camelias)

CAPÍTULO PRIMERO

En los principales periódicos de París apareció el siguiente aviso:

"En venta, por causa de muerte, muebles, joyas, pieles, objetos de arte, libros, etc., pertenecientes a Mile Margarita Gautier (La Dama de las Camelias) A las tres de la tarde en punto."

Después venían las señas del domicilio donde se verificaba la subasta.

No es de extrañar que antes de la hora fijada se viera el simpático hotel que antes ocupara Margarita Gautier, ocupado por una bulliciosa concurrencia.

Unos deseosos de adquirir algo de lo que en vida se habían rozado con la mujer de tanto popularidad. Otros por la curiosidad de dar un minucioso repaso a los salones de la cortesana, de cuyos sitios salieron tantas leyendas de amor.

Pero ninguno para tener un recuerdo de la criatura más noble y más delicada de la tierra.

Hemos dicho que entre las personas que acudieron a la subasta no había nadie que sintiera como es debido el recuerdo de la desventurada Margarita, y no es verdad.

Había una persona de cuya alma no había desaparecido la imagen de la popularísima dama.

Y esta persona se acercó al mostrador donde el charlatán rematante ponderaba los objetos para hacerles subir de valor.

—Un libro, señores, un libro—decía, mostrando un tomo elegantemente encuadernado—. Se trata nada menos que del diario de Margarita. Los secretos íntimos de la mujer más interesante de París, dedicados a su único y verdadero amor. Ved la dedicatoria:

"De Margarita a Armando".

La persona que antes dijimos, un caballero correctamente vestido, alargó la mano para tomar el libro que tanto ensalzaba el charlatán.

—No lo dude usted, caballero—le dijo el rematante—. Aquí puede leer todo cuanto se refiere a Ar-

mando, el único hombre que amó de veras *La Dama de las Camelias*.

—Está bien. Me quedo con el libro sin que sea subastado: puede ponerle el precio que estime conveniente.

—¿Vuestro nombre?

—Armando Duval.

—¡Demonio! Bien merece usted la distinción que me pide. Ya es de usted el libro por la cantidad que quiera dar por él.

Armando entregó unos billetes, tomó el diario y se apartó del mostrador mientras el charlatán continuaba:

—Va a llegar la hora de cerrar la venta de esta tarde; pero antes deseo ofreceros a la propia heldad en persona. A la Dama de las Camelias.

Dicho esto, descorrió un tapiz, apareciendo un magnífico retrato al óleo de gran tamaño.

—¡Margarita Gautier! dijo el rematante—. La reina del placer y del amor. Hablad, señores; no vaciléis, esta es la mejor joya de la subasta. ¿Quién puja?

El público en masa se adelantó hacia la hermosa pintura, y no hubo medio de que la subasta continuara debido a la admiración que produjo el cuadro.

El artista había trasladado al lienzo a la popularísima dama, cuando ésta se hallaba en pleno dominio de su belleza.

De aquí que habiendo sonado la hora, gritara de nuevo el charlatán:

—Por hoy hemos terminado, señores; mañana continuará el remate.



CAPÍTULO SEGUNDO

El público fué abandonando los salones despacio y fijándose muy bien en los muebles y objetos de arte; éstos últimos de un gusto tan exquisito que atraían poderosamente las miradas.

—Era una verdadera artista—decía un caballero a una dama que le acompañaba.

—Sí; y, además, una mujer frívola.

—No, amiga mía. Yo he conocido a Margarita, yo he tenido el gusto de hablar con ella, y puedo asegurarle que no son ciertas ni la quinta parte de los extravíos que se le atribuyen.

Todos los hombres, juzgan ustedes mal a las mujeres.

—No la comprendo.

—A veces, o mejor dicho: a menudo castigan ustedes a las inocentes, para absolver después tontamente a las pecadoras.

—Esa es una opinión de usted y nada más. Una exageración.

—Nada, que merecen ustedes ser engañados, tratándolos como a unos niños.

—Eso ya es otra cosa, amiga mía. Si quiere usted decir que de nuestra nobleza se aprovechan las mujeres para hacer de nosotros su juguete no se lo niego.

—¡Bonita manera de desviar la cuestión! Es usted muy vivo.

El caballero sonrió y apretando cariñosamente el brazo de su compañera murmuró a su oído:

—Me defiendo y lo hago al propio tiempo con la infortunada Margarita Gautier; pero eso no impide para que yo sienta por usted el más profundo afecto, y para que le prometa solemnemente volver mañana con usted a la subasta para pujar el objeto que más le agrade.

—Gracias. Pero no será ese famoso retrato. Es demasiado grande.

—Y demasiado bello—dijo para sí el caballero.



La imagen de Margarita se desprendió del cuadro.

El portero, después de mirar a uno y otro lado, y viendo que todo el público se hallaba fuera del hotel, cerró la puerta y se marchó para volver a abrir al día siguiente.

Minutos después y completamente abstraído de la realidad y de cuanto pasaba a su alrededor, se levantaba Armando de un amplio sillón donde había permanecido viviendo nada más que para la mujer cuya imagen reproducía el lienzo tan fielmente.

El noble amante soñaba creyendo tener delante al objeto de sus amores y suspiró:

—¡Margarita, amor mío! ¿Por qué me has abandonado?

Aquí la calenturienta imaginación de Armando le fingió que la figura se desprendía del marco y se le acercaba cariñosa como siempre.

—Armando—dijo la visión—, un amor como el nuestro nunca muere.

Duval, sugestionado por completo se dejó caer de nuevo en el sillón y sus trémulas manos abrieron el diario.

En la primera hoja leyó:

"Para ti, Armando mío, Para que comprendas el

inmenso amor que por ti he sentido siempre y me perdones."

Y las memorias empezaban así:

"Paris. Desde hace dos años estoy en una casa de modas...



CAPÍTULO TERCERO

Una mañana se impacientaba en el establecimiento indicado un caballero que acompañaba a una elegante dama.

Y se impacientaba porque Margarita no le atendía por estar sirviendo en el mostrador a otro cliente de la casa.

—¿No conoce usted a ese caballero?—le dijo el dueño de la tienda a la vendedora.

—Le he visto aquí otras veces... pero...

—Es el Barón de Marville.

—¿Y bien?

—¿Cómo "y bien"? ¿Qué quiere usted decir con eso? Es un millonario y a los millonarios no se les debe hacer esperar nunca.

Margarita hizo lo que el dueño le decía y procuró complacer al hombre adinerado.

Y en uno de los momentos en que su compañera contemplaba en el espejo los efectos de una hermosa piel, le dijo a la Gautier:

—Esas pieles serían mucho más bellas sobre vuestros hombros, señorita.

Margarita agradeció, ruborizándose, la galantería del millonario; pero no tardó en recomponerse para seguir desempeñando su cargo de vendedora.

No pudo insinuarse de otro modo el caballero, porque se lo impedía la joven a quien acompañaba; más así y todo pudo deslizar algunas palabras al oído de la esposa del dueño, y ésta, reflejando sin duda el sentir del millonario, habló con Margarita:

—¿Qué le ha parecido a usted esa dama?—le dijo como preparación.

—Muy elegante. ¡Oh, vale un dineral lo que lleva encima!

—Pues usted podría poseer todo lo que ella tiene... y más, porque sus encantos son verdaderamente atraentes.

—Gracias, señora; pero me parece que su excesiva bondad para conmigo...

—No le exagero. ¡Y pensar que seis meses atrás trabajaba aquí como usted esa chiquilla que acaba de salir!...



Margarita se quedó unos instantes pensativa, hasta que el reloj le indicó la hora de salida del establecimiento. Una vez en la calle, anduvo como distraída, sin rumbo fijo... y por fin se detuvo ante el artístico escaparate de un floricultor.

"Camelias a tres francos"

Estas eran las flores predilectas de Margarita, y como es natural las contempló embobada.

—¿Qué hermosas son!—dijo una voz a su lado.

La joven volvió la cabeza y se encontró con el millonario a quien una hora antes había servido en la tienda.

El caballero continuó:

—¿Por qué no me permite que le ofrezca estas camelias?

Margarita no contestó.

Entonces, el hombre galante penetró en el establecimiento, no tardando en salir con un ramo de hermosas flores que Margarita no tuvo más remedio que aceptar.

¡La agradaban tanto! Además, se las ofrecía un cliente de la casa y millonario por añadidura.

—Ahora, en vuestras manos, lucen mas que en el escaparate, señorita— le dijo el Barón de Marville.

—Créame usted, que no sé cómo agradecerle...

—Permítame únicamente que la acompañe a su casa; precisamente tengo aquí enfrente el auto.

—No, eso no.

—¿Y por qué no ha de ser? Además, durante el trayecto le haré saber un plan que he formado respecto a usted.

—Respecto a mí?

—Sí, señorita. Mi interés por usted es grande y por lo mismo no ha de extrañarle que me haya enterado de la infame vida que le dan en su casa.

Margarita, subyugada por las trases de aquel hombre entró en el auto, y una vez allí explicó el Barón sus pensamientos con más claridad.

Ya en la casa de Margarita, se detuvo el auto y ésta se apeó rápidamente.

—No olvide usted que estoy en este mismo sitio esperando su decisión. Usted no merece ser tratada como la tratan los suyos sin derecho alguno.



—¡Oh, que hermosas camelias!



CAPÍTULO CUARTO

Margarita, no contestó al Barón y subió a toda prisa la escalera que conducía al modesto piso.

Se había entretenido más de lo regular y temía una reprimenda.

Una mujer desgreñada y con más cara de borracha que de otra cosa le salió al encuentro antes de que la joven entrara en su cuarto.

—¿Con que tarde otra vez! Ah! Claro, tú rondando por esas calles, mientras yo me hago pedazos trabajando. ¡Lagartona!

—¿Qué pasa? —intervino un individuo mal encarado y tan repulsivo como la mujer.

—Ya lo puedes ver, lo de siempre.

—¿Y qué es lo de siempre?

—Que esta condenada se está comiendo nuestro pan; y lo que ella necesita, es otra paliza como la que le propinaste ayer.

El barbarote aquel, agarró un palo que tenía en un rincón, y con un gesto de ira producido más bien por los vapores del vino que por el odio que pudiera sentir contra Margarita, se acercó lentamente a su víctima.

—No me pegues, por Dios... ya no volveré a venir tarde—suspiró la infeliz cayendo de rodillas.

—Eso es cuento aparte. Ahora no se trata de eso.

—Pero ¿qué he hecho yo, Dios mío?

Vas a pedir perdón a tu madre, o te deslomo de un estacazo.

—No lo haré —dijo Margarita con entereza—. Esa mujer no es mi madre.

El malvado no se pudo contener y empezó a descargar garrotazos sobre la infeliz muchacha, la cual, logrando escapar al fin de aquella bárbara acometida, ganó la escalera y una vez en la calle se precipitó alocada en el auto del millonario.

* * *

Tanto el mal hombre como la que le servía de compañera, quisieron retener a Margarita para se-

guirla explotando más aún; más cuando se dieron cuenta, ya el pájaro había volado.

—¡Oh! ¡Cuando vuelva la reviento de una paliza! —gritó el borracho.

—No volverá.

—¿Cómo?

—Conozco demasiado a las mujeres, y cuando se dan cuenta de que valen algo, el diablo que las aguante.

—Entonces, hemos obrado como unos imbéciles; o mejor dicho tú me has obligado a hacer el burro.

—¡No digas desatinos!

—Margarita, va a ser explotada ahora por otras manos, después de haber sido nosotros los primeros en sacrificarnos por ella. Nada, lo dicho, tú tienes la culpa de que se nos haya escapado. ¿Y sabes por qué lo ha hecho?

—¿Por qué?

—Porque le tienes envidia. Ya lo venía yo notando hace tiempo.

—No te hago caso porque estás borracho.

—Tú me has enseñado a beber y a pegar; y como ahora no tengo con quien desahogar mi furia, toma esto y vuelto por otro.

Y aquella pareja de degenerados se lió a estacazo limpio, hasta que ambos rodaron por el suelo completamente rendidos.



CAPÍTULO QUINTO

La primavera sonreía, luciendo a la vez las galas con que la naturaleza la adornaba.

Un año había transcurrido desde las últimas edificantes escenas que acabamos de relatar.

Margarita había cambiado por completo.

Vivía en un lujoso chalet rodeado de lujo y exquisito confort.

Nanette su cariñosa doncella y más que tal, amiga y fiel compañera, le dio el saludo del nuevo día presentándole un hermoso ramo de camelias.

Entre las flores había una tarjeta respaldada en esta forma:

"Para que lo podáis lucir esta noche en la ópera.



—¡Ahora le vas a pedir perdón a tu madre!

Vuestro más ferviente admirador."

En este momento sonó el timbre de la puerta.

Margarita se apresuró a decir:

—Si es el duque dile que aguarde. Si es el conde que estoy enferma. Me fastidia. Pero antes abre bien esas vidrieras.

—Señora, ya sabe usted lo que le tiene ordenado el médico, desde que estuvo tan enferma.

—Pero yo necesito mucho aire; y este que la pri-

mavera me brinda no puede perjudicarme... Abre, Nanette, abre.

La doncella obedeció la orden y fué a ver quién era el que llamaba.

—Era el Conde, y la joven cumplió al pie de la letra la orden recibida diciendo:

—Mi señorita no le puede recibir. Está enferma.

—¿Otra vez?

—Sí, señor, y tiene una fiebre muy alta.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—Caramba... yo regular, regular nada más.

—Pues toma esto y verás qué bien te sienta—y el caballero depositó un billete en las manos de la doncella, la cual se apartó para dejarle el paso libre.

Margarita estaba tan acostumbrada a estas intromisiones, que no le sorprendió la presencia del Conde en sus habitaciones.

Conocía sus mañas y sonrió pensando en Nanette a la que perdonó en el acto por no haber cumplido su orden.

—No debía usted tratarme así Margarita—dijo el visitante recriminando dulcemente a la dueña de la casa—. Yo la amo con locura.

—¿Amarme? ¿Sabe acaso lo que es amor?

—Lo sé desde que os conocí. Lo juro.

—¿Y sabéis que estoy delicada de salud y no respetáis mi estado? ¡Eso no es amor, es egoísmo!

—¿Qué queréis que haga si no puedo pasar sin veros?

—Sacrificaros. Eso es lo que hacen los buenos amantes.

—Está bien. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que pueda recibirle con la alegría propia de una persona que no sufre.

—¿Podré venir a preguntar por su salud?

—Cuando gustéis.

El conde besó la mano que le tendía Margarita; y salió de la habitación más dócil que un perrito faldero.

Nanette apareció poco después dispuesta a recibir la repulsa, pero Margarita la recibió con el mismo cariño de siempre.

—Mira; no me encuentro bien—le dijo al verla—y eso debe ser un castigo por haberle mentido al conde.

—Entonces quietecita en casa hasta mañana que ya estará mejor.

—Eso sí que no. Prepárate el más rico y elegante de mis trajes. Necesito causar sensación esta noche en la Opera. Y así podré lucir también las camelias de un desconocido.

—Para mí no lo es.

—¡Hola!

—Su nombre es Armando Duval; y es el joven que vino todos los días a preguntar por usted mientras duró vuestra enfermedad.

—Es muy interesante.

—Y también sé donde vive.

—¿A que te has enamorado?

—¡Por Dios señora! Vive allí enfrente y la doncella indicó desde la ventana la casa de Armando.

Margarita pudo conocer al que hasta entonces había sido un interesado anónimo, debido a que el joven se hallaba contemplando desde el balcón la ventana de Margarita.

Esta se retiró en el acto y siguió dando órdenes para su salida aquella noche.





CAPÍTULO SEXTO

El Teatro de la Opera se veía aquella noche con una brillantez inusitada debido al debut de una célebre diva.

Sin embargo, cuando Margarita apareció en su palco acompañada de un señor anciano, las conversaciones sobre la estrella que debutaba cesaron instantáneamente, tomando por tema de mayor interés a la bella cortesana.

—Esta noche nos presenta un nuevo personaje —dijo un joven a otro que tenía a su lado.

—Para mí no es nuevo. Ese caballero es un amigo desinteresado de Margarita Gautier, un señor a quien ella distingue como si fuera su padre.

—¡Oh! es un caso notable esa Margarita!

—¿Un caso notable? ¿Por qué?

—Hombre, se las agencia de un modo que pasma. Siempre va ascendiendo. Primero un barón, luego un marqués, un duque más tarde... y pronto la veremos con un príncipe.

—Si todos los que la cortejan han de ser sus amantes...

—¿Pero quien paga ese lujo?

—¿Te cuesta a ti algo?

—Nada absolutamente.

—Pues no murmures más y no te metas donde no te llaman.

* * *

Armando Duval contemplaba extasiado a Margarita desde su butaca.

—¿Le gusta a usted esa mujer, verdad?—le preguntó un antiguo amigo de su familia que estaba a su lado.

—Es mi ideal.

—¡Demonio!

—Y daría mi alma por poder hablar con ella.

—No es menester que haga usted una atrocidad



—Son sus flores mi más grato obsequio.

como esa, amigo mío. Yo conozco a Margarita y puedo presentarle cuando guste.

—En el primer entreacto.

Perfectamente.

Y así lo hizo el amigo.

Corrida la cortina y antes de que otros moscardones se acercaran al palco de la bella, el amigo de Duval hizo la debida presentación retirándose prudentemente.

—¿Conque, usted es el misterioso Armando Duval?—preguntó Margarita.

—¿Misterioso?

—Claro, el hombre que se interesaba por mi salud sin darse a conocer.

—¡Señorita...

—Fue una atención muy grande la de usted preguntando por mí, cuando estuve tan enferma... y le juro que se lo agradezco con toda mi alma.

—¿De modo que usted sabía?...

—Sí, señor; tengo una doncella que me da cuenta de todo.

Diciendo esto le mostró las camelias que llevaba prendidas en el pecho.

—También le agradezco este obsequio; y me parece que debo corresponder regalándole una de estas simpáticas flores.

Margarita continuó con un tono de voz que acabó de trastornar el cerebro de Armando.

—Cuando esta camelia se haya marchitado, tenga usted la amabilidad de devolvérmela.

—Hago votos para que no tarde en marchitarse; y ojalá sea momentos después de haberme despedido de usted esta noche.

—Pues con camelia y sin ella, ya sabe usted que a cualquier hora tiene usted abiertas las puertas de mi casa.

—¿No abusaré si voy mañana?

—Al contrario, iba a decirle que le espero.

Armando abandonó el palco de Margarita con más entusiasmo que cuando había entrado.

Su amigo le esperaba sonriendo.

—¿Qué tal le ha recibido?—le preguntó con interés.

—Como yo no esperaba, como yo no merezco.

—¡Caramba, Armando... no tanto!...

—¡Es encantadora, agradabilísima, adorable!

—¡Malo, malo, malo!

—¿Por qué dice usted eso?

—Debo desengañarle, amigo mío. Margarita no es mujer para usted.

—¿Y por qué razón?

—Todo su patrimonio, apenas si le alcanzaría a ella para sus camelias favoritas.

—Exageraciones y nada más.

—Píense usted en su padre, Armando, piense también en su porvenir.

—Yo no pienso más que en mi dicha futura, si es que ella llega a quererme.

—Ella le arruinará y le destrozará el corazón, como hace con todos sus amantes.

—No puedo creerlo. Es sencillamente angelical.

—Yo sé muy bien lo que me digo, Armando.

—Usted no debe haber amado de veras.

—No lo sé; pero me precio de conocer a esa clase de mujeres.

—¿Pero Margarita no será una excepción de la regla?

—No, amigo, no. Ella es como todas.

—Pues bien; yo no la puedo creer.

—¿Eso quiere decir que está usted dispuesto a llevar adelante el asunto?

—Lo llevaré hasta donde ella quiera, siempre que esté dispuesta a sacrificarse por mi amor.

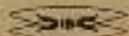
—¿Y si no le va bien lo del sacrificio?

—Entonces, ¡oh!, entonces la abandonaré; se lo juro; mas esto no puede ocurrir.

—¿Por qué?

—He leído en sus ojos algo que me hace confiar en una felicidad sin límites.

No hablaron más los dos amigos aquella noche, y aunque lo hubieran hecho nada habría logrado el consejero en su favor dado el estado de exaltación en que se encontraba Armando.



CAPÍTULO SÉPTIMO

Las reuniones y fiestas que se celebraban casi a diario en la elegante mansión de Margarita eran ya célebres en París.

Cualquier caballero con un *presente*, y cualquier dama con un *pasado* eran bien recibidos en la intimidad de aquel templo de la alegría.

Margarita tenía el precioso don de saber organizar banquetes de esos que tardaban mucho tiempo en olvidarse.

Uniendo a lo exquisito de los platos, y a la riqueza de los vinos, sabía adornar la fiesta con originalidades que siempre producían magníficos efectos en los estragados comensales.

En la cena que podríamos llamar la última que daba en su casa, hizo un verdadero derroche de fastuosidad y buen gusto.

Margarita llevando la voz cantante en la fiesta levantó la copa y brindó:

—Por nuestras alegres noches, por nuestros generosos amigos, y por el amor.

Un clamoreo ensordecedor siguió al brindis de la dueña de la casa, la cual, excediéndose más de lo que debiera, dado su delicado estado de salud, acabó por sufrir un desvanecimiento, seguido de un ataque de tos tan insistente, que le obligó a abandonar el comedor.

A ver si nos echa a perder la fiesta—dijo una de las damas invitadas.

—No es nada—le contestó otra—. Siempre que rie le pasa lo mismo, tose, y tose y luego nada; vuelve de nuevo a ser el alma de la fiesta.

La casualidad hizo de que cuando Margarita se retiraba se presentase Armando, el cual viéndola pálida e inquieta se apresuró a acompañarla a sus habitaciones.

¡Por Dios, Margarita!—le dijo tomándola del brazo—. ¿Cómo se ha decidido usted a dar esta fiesta, estando aún tan delicada de salud?

—¡Gracias, Armando! Es usted el único hombre que se ha compadecido de mí alguna vez.

—¿Me permite usted un consejo?

—De usted, todo.

—Pues bien. ¿Por qué no abandona esta clase de vida? ¿No está viendo que no es propia para usted?

—Lo haría, Armando... pero es que usted no sabe... ni puede comprender...

—No comprendo, ni lo quiero comprender, porque me destrozaría el alma.

—¡Armando!

—La amo tanto, que si usted me ofreciera su amor hoy, despreciaría el pasado. ¿Sabe usted lo que esto significa, Margarita?

La aludida no pudo contestar por impedírselo un grupo de invitados que penetraron ruidosamente en la cámara.

—¿Pero que hacéis ahí alejados de los demás?—les preguntó uno de los del grupo.

—Ya lo habéis visto... no me encuentro bien.

—¡Ea! ¡Venid! Nos vamos todos al "Gran Cabaret".

—Es una buena idea—manifestó Margarita sonriendo—y os prometo que no tardaré en reunirme con mis buenos y alegres amigos.

* * *

La fiesta íntima terminó así; y Armando y Margarita volvieron a su delicioso tema.



Margarita llamó la atención en el Teatro

Y cosa extraña: El mal estar que demostrara ella en un principio, fué desapareciendo hasta el punto de encontrarse completamente feliz y tranquila.

—Le debo a usted la salud que acabo de recobrar de un modo milagroso—suspiró la dama aprisionando dulcemente entre las suyas, las manos de Armando.

—Margarita. Día y noche no se aparta mi pensamiento de la hermosa mujer que ha logrado cautivar mi corazón. ¿De usted, amada mía?

Después, sin hablar, y entre tiernas miradas y apasionadas caricias se dijeron más que si se hubieran conocido toda la vida.

Por fin exclamó Margarita desprendiéndose de los brazos de Duval:

—Y bien, querido amigo, ¿No se ha dado cuenta de que es muy tarde?

—A su lado pierdo la noción del tiempo y de cuanto me rodea.

—Debemos despedirnos ya.

—¡Qué dichoso seré cuando no tenga que ausentarme!

—¿Vendrá usted mañana por la noche?

—Vendré.

—Después de las once, no lo olvide.

—Lo tendré muy presente.





CAPÍTULO OCTAVO

Las horas transcurrieron para Armando con más rapidez de lo que él creía, a causa de los castillos que se formaba en el aire, a causa de los planes para su dicha futura.

Y llegó la hora deseada para volver a casa de su adorada Margarita. Antes de las once ya estaba allí el Conde de Ordayos, con no poco disgusto de la dueña de la casa.

—¿Con qué objeto me has hecho venir para despedirme enseguida con el pretexto de la indisposición de siempre?

—Se lo repito... esta noche estoy tan nerviosa, tan...

—Ya sabes, querida Margarita, que eres mía, toda mía; que me perteneces.

Armando tuvo la desgracia de oír las últimas frases del Conde desde la antesala y se quedó sin saber si entrar o marcharse.

El caballero continuó, destrozando con sus palabras el corazón de Duval:

—Te he rodeado de lujo, te he hecho brillar como una estrella.

—Lo sé, lo sé —contestó Margarita agobiada—. Pero dejadme, os lo suplico.

—Me voy. Pero no olvides lo que te he dicho cuando vuelvas a necesitar de mí.

Armando no quiso escuchar más, y antes de que el Conde saliera, lo hizo él llevando la desesperación en su alma.

Una vez en su casa, exclamó convencido:

—¡Sí! Mi amigo tenía razón. Esta mujer no es para mí.

Y sentándose al escritorio, desahogó su desesperación con la siguiente carta dirigida a Margarita:

"Señora: Ni soy lo bastante rico para poder competir con vuestros antiguos adoradores, ni tampoco

tan pobre para amaros como podríais pretender. Me ausento de París esta misma noche.

Adiós.

Armando Duval."

El efecto que esta carta produjo en Margarita, fué desastroso; mas enseguida se repuso y llamando a Nanette, le pidió un chal, disponiéndose a salir.

—Pero, señora... es muy tarde, y vuestra salud —manifestó la joven poniendo algunos reparos a aquella intempestiva salida.

—Es inútil, Nanette, no hables más, que nada conseguirías. Además, no pienso tardar... estoy ahí enfrente en la casa de Armando.

Cuando Margarita entró en el domicilio de Duval, daba éste las últimas órdenes a su criado.

Ve y toma un billete para el rápido.

—Señor —manifestó el muchacho—. Antes le espera a usted una visita.

Y como comprendiendo lo que pasaba invitó a Margarita a que entrara en la habitación, retirándose después con prudencia.

En el momento en que la dama puso un pie en el despacho de Armando, rompió éste su retrato en mil pedazos.

—¡Armando! —exclamó la Gautier sin poder dominar su emoción.

Duval, sin que la presencia de Margarita le desvia-

La pobre joven suspiró y haciendo un esfuerzo sobrehumano agradeció a Duval sus frases de consuelo con una sonrisa.

—Perdóname—repitió el amante—. El amor me calloquea y me ciega hasta el punto de trastornar mis sentidos. Te quiero, Margarita, te quiero con toda mi alma!

—Es lo que yo merezco por lo mucho que te amo, Armando mío. Yo no quiero ni aspiro a nada más.

—Siendo así, te juro olvidar cuanto ha pasado; si tú haces lo mismo.

—Siempre haré lo que tú me ordenes; y lo haré sin violencia, lo haré como si fuera inspiración mía.

—Entonces, uniremos nuestros destinos, y nos marcharemos al campo, lejos de aquí.

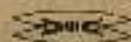
—Sí, Armando mío.

—Allí entre las hermosas flores, volverán de nuevo a colorear tus mejillas.

—Iré contigo donde quieras.

—Donde la felicidad nos sonría.

—Llévame, Armando, sí. Te amo y no dejaré de amarte toda mi vida.



CAPÍTULO NOVENO

Apartados del bullicio de la gran ciudad, en un lindo chalet, formaron Margarita y Armando su nido de amor.

Para ellos no había más mundo que la amenidad del paisaje y el silencio augusto de los bosques, únicamente interrumpido por sus alegres risas.

Más que dos amantes, parecían dos niños sedientos de expansión y de alegría.

Era una delicia ver como Margarita adquiría fuerzas y colores.

—¿No te decía que la vida que llevabas no era prudente para tu salud?—le decía Armando contemplándola embobado.

—¿Y no quedamos en que lo pasado había que dejarlo en el olvido?

—En eso quedamos; pero es que el presente me lo recuerda.

—Repito que corramos un velo.

—¿No es esta la verdadera felicidad?

—Sí, Armando. Al menos para mí no existe mayor dicha.

La hora del almuerzo había llegado y Margarita corrió hacia el chalet para tenerlo todo preparado, mientras murmuraba:

—¡Gracias, Dios mío! Le amo y él también me ama. Ya no aspiro a más felicidad.

* * *

Antes de entrar Armando en el chalet recibió una carta que se apresuró a leer:

Decía así:

“Vengo a París para evitar que esa famosa cortesana destruya tu porvenir y hasta tu vida. Espérame esta noche en tu misma habitación.

Tu padre.”

—¿No podía durar mucho tiempo esta deliciosa tranquilidad! suspiró Duval y con la tensión nerviosa consiguiente se fue en busca de su amada, la

cual no pudo disimular un gesto de sorpresa al verle.

Sin embargo, dispuso la mesa sin atreverse a hacerle pregunta alguna.

Pero Armando abordó el asunto diciendo con un laconismo escalofriante:

—Una mala noticia, Margarita.

—Te he visto preocupado y no me he atrevido...

—Mi padre está enterado de todo; y me ordena que lo espere en mi casa de París, hoy mismo.

—¡Armando!

—No te preocupes... no pienso ir.

—¿Por qué no? Tu no debes contrariarle; piensa que es tu padre, y has de atenderle y respetarle.

—¿De modo que me aconsejas que vaya?

—Yo no sé lo que debo aconsejarte; pero únicamente repito que debes atender a tu padre. No me preguntes más.

—Pues haré lo que tu me indicas; pero no te aflijas por mi ausencia, pensando solamente en que muy pronto he de volver a tu lado.

—Y yo te pido que nos despidamos con otro último beso. ¿Quieres?

Los amantes se confundieron en un estrecho abrazo, y Armando partió hacia la gran ciudad con el deseo de acabar pronto aquella nueva situación que se le presentaba.

Fue este un golpe terrible para el corazón de Margarita. En un instante se dió cuenta de lo que tenía que suceder y las lágrimas se agolparon a sus ojos.

Su instinto de mujer enamorada le decía que acababa de perder al hombre que más quería en el mundo, al que era su vida y su ilusión toda.

No había transcurrido media hora desde la partida de Armando, cuando Nanette se presentó a su señora, diciendo:

—Un caballero desea verla a usted.

—¿Algún que viene a cobrar, sin duda?

—No, señora. Se trata de un caballero.

—Pues hazle pasar en seguida.

La doncella acompañó al visitante, hasta dejarlo en la habitación de Margarita.

—Señora—dijo el caballero secamente—, el asunto que me trae es delicadísimo y serio en alto grado.

La amante de Duval se estremeció y sólo pudo articular:

—¿Su nombre es usted?

—Señora... soy el padre de Armando.

—¿Usted?

—Sí. ¿Qué le extraña?

—Pero si Armando ha marchado a París con objeto de veros...

—Ya lo sé.

—Entonces...

—Le he alejado de aquí, porque deseaba hablar a solas con usted.

—Puede usted sentarse, caballero.

—Mi deseo es terminar pronto la difícil situación en que usted y yo nos encontramos.

—Bien, señor.

—Vamos a ver. ¿Bajo qué condiciones dejaría usted la amistad que tiene con mi hijo?

Margarita se puso en pie como movida por un resorte y exclamó con dignidad:

—Si ha venido usted con la intención de insultarme, le ruego permita que me retire.

El señor Duval comprendió que no era ese el procedimiento y procuró variar de tema.

Un momento, señora—le dijo haciendo a la vez un expresivo ademán para que no se marchara—. No he querido ofenderla.

—Pues me ha ofendido.

—¿Conoce usted el estado de los asuntos de mi hijo?

—No conozco nada de eso, porque jamás me ha guiado el interés.

—Armando tiene hipotecadas todas sus fincas.

—Le juro que no sabía nada de eso.

—Ha abandonado su carrera y su familia... sólo por usted.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero si yo estaba inocente de todo!

—Esta es la realidad del caso.

—Armando no ha debido hacer eso.

—Pues a usted le toca poner remedio.

—Y lo pondré, si señor.

—¿De qué modo?

—A mí me quedan todavía algunas joyas de bastante valor. Las venderé. En fin; ya verá usted como yo arreglo el asunto.

—¿Exigiréis también el sacrificio del honor de Armando aceptando vuestro dinero?

—¿Pero qué debo hacer yo? ¡pobre de mí!

—Terminemos, señora. Yo he venido a salvarlo de la desgracia y usted me lo tiene que devolver.

—¿Usted se ha vuelto loco! ¿Cómo voy a renunciar a él?

—No hay otro remedio si es que queréis salvarlo.

—¡Oh, señor!... le amo más que a mi vida... me pertenece, es mío, como yo soy suya.

Y Margarita al decir esto, rompió a llorar tan amargamente, que hasta el anciano Duval se sintió conmovido y atraído hacia ella.

Sin embargo, como su firme propósito era arrancar a su hijo de aquella casa, y apartarle de los dul-

ces lazos que le retenían, procuró rehacerse para continuar el asedio.

La pobre Margarita trataba a su vez de defenderse con los únicos medios que tenía a su alcance; y éstos no eran más que su sinceridad, su inmenso amor.

—Piense usted, señora—continuó el padre—, que Armando es el único sostén de mi vida; y no le quepa duda que se lo disputaría al mundo entero.

—Así y todo, no seréis tan cruel conmigo. El lo es todo para mí.

—Creo que un padre tiene más derecho.

—¿Por qué no os compadeceís de mí? Yo me redimiré, yo seré digna de él.

No. Jamás podríais borrar vuestro pasado, hija mía. Para él una unión con usted, significa el cierre de todas las puertas, el naufragio de su vida; y llegará un día, no lo dude usted, en que vea claro, se arrepienta de su error, y la odie.

—Pero es un sacrificio inmenso el que exige usted de mí...

—Ningún sacrificio es grande, Margarita, si se tiende con él a la salvación de una persona amada.

—No podré... no podré...

—En nombre de vuestro amor, yo le suplico que salve a mi hijo. ¿Lo véis? También mis ojos se llenan de lágrimas al hacerle esta súplica...

Margarita se decidió con un supremo esfuerzo:

—Está bien—dijo—. Le devolveré a Armando.

Y sin vacilar más escribió una carta que después dió a leer al padre de su amante, el cual no pudo dominar su profunda emoción, viendo palpablemente la grandeza y la sublimidad del amor de aquella mujer que tan mal juzgara al principio.

El anciano fué el primero que rompió el silencio después de la heroica decisión de Margarita.

—De modo—suspiró enternecido—que no pensáis volverle a ver.

—No.

—¿Ni para despediros?

—Ya habéis leído la carta de despedida; y no lo volveré a ver aunque se me rompa el corazón.

El señor Duval admiró la sublime entereza de la amante de su hijo y ella continuó:

—Y ahora, ¿me concederéis lo que voy a pedir?

—Nada podré negaros.

—Un beso. Besadme como ningún hombre lo ha hecho jamás hasta ahora: como un padre. Permitidme que aunque sea por un momento me considere vuestra hija.

El anciano besó la frente de la joven y con el alma transida de dolor abandonó aquel nido de amor, dejándolo convertido en triste panteón de recuerdos y alegrías que no tornarían nunca.





CAPÍTULO DÉCIMO

Al día siguiente, llegó Armando al chalet, deseoso de abrazar a Margarita.

Ya había visto a su padre y le acababa de manifestar su voluntad respecto a los amores que él no veía con buenos ojos.

Ya había salido de la violenta situación en que horas antes se encontraba; ya podía disponer a su gusto de sus acciones.

Pero el desdichado ignoraba que Margarita ya no estaba en la casa.

—¡Margarita, Margarita!—gritó viendo con no poca sorpresa que no salía a recibirle.

Llamándola sin cesar recorrió los distintos departamentos del chalet hasta que entró en el comedor.

Sobre la mesa destacaba la carta que la amante dejara para él.

Armando la leyó, temblando como un azogado.

"Querido Armando:

"Todo ha terminado entre nosotros. No puedo soportar la pobreza por más tiempo. Cuando leas esto, me encontraré reunida de nuevo con el Barón de Marville. Olvidame.

Margarita."

El infeliz estuvo a punto de perder el juicio; y como queriendo desahogar su pecho del peso que le oprimía, siguió llamando a grandes voces al objeto de su amor.

Ya en su casa, entró en el despacho y allí dio rienda suelta a su dolor.

—Margarita!—murmuró con ansia infinita—. Yo no puedo vivir sin ti... la vida me sería imposible.



Una fiesta en casa de Margarita.

Y tomando un revólver del cajón del escritorio, se habría atravesado el corazón de un balazo, si no haber intervenido el padre, que no lo perdía de vista desde que entró en la casa.

—¡Vamos, valor, hijo mío!—le dijo—. Vuelve en ti y no quieras que acabe mis días acosado por el más hondo pesar. Piensa en mí, Armando, en tu padre, el que te ama con verdadero desinterés.

Armando dejó caer el arma y, abrazándose al cuello del hombre que le dió el ser, desahogó sus sentimientos con profundos sollozos.



CAPÍTULO ONCE

Como estaba ya en el ánimo de Margarita, puso en seguida en práctica su nuevo plan para alejarse por completo de Armando; y una vez en París, siguió las mismas orgías de antes, aunque en otro templo del Placer más soberbio que el en que conoció a su único amor.

Mas lo que la desventurada Margarita pensara, no le salió a medida de sus deseos, porque Duval, deseoso de vengarse de un modo ruidoso, se presentó una noche en la fiesta que el Barón de Marville daba en obsequio de la Gauthier.

Los salones, rebosantes de lujo y animación, presentaban un brillantísimo aspecto que contrastaba

notablemente con la tristeza que reflejaba el pálido semblante de Margarita.

Así y todo, la distinguida cortesana, se proponía animar la fiesta, multiplicándose para que nada faltara.

En una de sus visitas a la sala de juego, vio a Armando y un presentimiento de catástrofe la sobrecogió por completo.

Durval, sin fijarse en Margarita, se acercó a la mesa que estaba rodeada de jugadores, y encaramándose con el Barón, exclamó:

—Ya es hora de que juguemos mano a mano, caballero.

—Estoy a sus órdenes—contestó Marville, extramediándose ligeramente.

—Ya ve usted, señor Barón. Yo también creo en la virtud de la riqueza, y, por lo mismo, vengo a buscarla aquí.

—Le repito que estoy a sus órdenes.

—Calma, señor Barón, calma. ¿Verdad que el dinero ha sido y sigue siendo el principal factor para enriquecer a las mujeres...

—¡En! ¿Vamos a jugar o no?

—Me parece que está usted murmurando y eso le puede perjudicar, señor Barón. ¿Me permite usted que leve la banca?

—Alternativamente si a usted le parece.



—Armando mio irá donde tú me lleses.

—¿Una guerra fina? ¡Magnífico! Señores, es cuestión de poco tiempo. Se trata de un duelo entre jugadores, y luego confirmará la partida.

Todos, incluso Margarita, se acercaron a la mesa con el consiguiente interés; y el juego dió principio presentándose la suerte a favor de Armando, el cual arrastraba poco a poco los billetes del barón hacia el sitio que ocupaba.

Duval miró al noble y sonriendo burlonamente, exclamó:

—Desafortunado en juego, afortunado en amores... especialmente si se trata de amores de segunda mano.

Como se ve, Duval no quería sólo desbancar al Barón en el juego, sino que trataba de hacerle saltar para promover un escándalo.

Margarita, lo comprendió así; pero no pudo hacer más que contener al caballero con una mirada suplicante.

El juego continuó, dando por resultado la completa derrota del Barón. Los billetes amontonados delante de Armando, eran devorados por las ambiciosas miradas de los demás jugadores.

—Si quiere usted revancha, estoy pronto a dársela—le dijo Armando al Barón.

—Hoy no. Ya nos veremos otro día si es que usted se digna volver por aquí.

—Es la primera vez y la última que piso esta casa.

—Creo que no os podréis quejar.

—¿Os referís al dinero que os he ganado?

—Naturalmente.

—No es para mí. Yo desprecio vuestro dinero y viniendo del juego mucho más.

—Entonces no os comprendo.

Armando se volvió entonces hacia los concurrentes:

—Ya saben ustedes que yo no soy jugador; y mi conducta de esta noche merece por lo tanto una explicación.

Dicho esto, dirigió la mirada hasta el sitio donde se encontraba Margarita y continuó:

—Especialmente a esta señora le debo también ciertos detalles de mi conducta.

La Gauthier ya se vió encima el escándalo y fué a salir del salón; pero Armando la detuvo con una imperiosa mirada.

Pocos eran los que no estaban en el secreto de lo que pasaba, así es que todos temían un fatal desenlace en aquella complicada situación.





CAPÍTULO DOCE.

Duval, dominando con su actitud y con su potente voz, y no dejando al Barón ni a Margarita en libertad de acción, siguió el camino desastroso por donde le quitaban sus terribles rencores:

—Oído todos, pues ante todos quiero sincerarme. Esta señora me hizo muchos favores cuando yo no podía pagarle; y eso tarde o temprano tiene que tener su recompensa.

—¡Basta, caballero!—gritó al fin el Barón, queriendo apartar a Duval del terreno resbaladizo donde se había metido.

El amante de Margarita sonrió de un modo desdénso y continuó:

—Ahora le voy a pagar de una vez todos aquellos favores; y se lo voy a pagar como se merece, con intereses.

Y los puñados de billetes que estrujaba entre sus manos se los arrojó al rostro de Margarita.

El insulto fué de tal magnitud, que ni una sola persona de cuantos presenciaron la escena abonó la loca conducta de Duval.

—Caballero, espero que nos veremos dentro de pocas horas—le dijo el Barón a su rival.

—Celebro que nos hayamos entendido tan pronto—le contestó Armando volviéndole la espalda, mientras unas señoras conducían a Margarita a sus habitaciones particulares.

El duelo se verificó aquella misma mañana, resultando Armando ileso. No así el Barón, el cual fué conducido a su casa con una profunda herida en el pecho, que estuvo a punto de costarle la vida.

Ya en franco período de convalecencia, y acosado de firme por los individuos más cercanos de su familia, tuvo la decisión de negarse en absoluto en el apoyo que siempre había prestado a Margarita.



—Ahora soy yo, el afortunado en el juego.

—Ella no ha tenido la culpa de lo que ha ocurrido—se atrevió a decir el Barón como queriendo volver atrás del acuerdo que había tomado.

—Ella no merece que tú sigas sacrificándote—le contestó la dama que le aconsejaba, con más interés por el pecunio de su primo que por otra causa—. Ya has vertido tu sangre por defenderla; ¿y sabes cómo te ha pagado este sacrificio?

—¿Cómo?

—¡Oh! No puedo decirte hasta tanto que te encuentres perfectamente restablecido.

—¿Pero de que se trata? Quiero saberlo, de lo contrario me obligaréis a que me presente de nuevo en casa de Margarita.

—Pues bien, ya que lo desees, sepas, que desde el día siguiente del duelo, recibe tu amiga infiel un ramo de camelias, siempre de la misma persona.

—¿De quién? ¿De Armando sin duda?

No.

—¿De quién entonces? ¡Habla y no me tortures mas.

—¡Es inconcebible!

—Habla!

Del padre de su antiguo amante.

El golpe fué tremendo; y el Barón, no dudó ya en apartarse para siempre de la mujer que tan inísimamente le pagaba sus sacrificios.

La calumnia habia llegado a lo hondo, y la infeliz Margarita, sufrió como hasta allí las consecuencias de su mala fortuna.

Todo estaba terminado entre la *Dama de las Camelias* y Armando.

Pero el padre de Duval no veía aún el final de

aquel trastorno y procuró convencerle por todos los medios para que se alejara de París.

—¿Y qué haré fuera de aquí?—le preguntó Armando—. ¿Cree usted que podré olvidar, aunque me encuentre a un millón de leguas?...

—Si no olvidas de momento, porque eso me hago cargo de que es poco menos que imposible, al menos darás tiempo al tiempo... ¡Oh, ese es el mejor bálsamo para mitigar los sufrimientos del alma.

—Haré, como siempre, lo que usted me ordene.

—Además, hijo mío. El escándalo que has promovido ha sido grande... y ya ves, que hasta mis mejores amigos se han alejado de ti.

—Fué una locura, lo confieso.

—Pues esas locuras se pagan del modo que yo te indico.

Armando no era ya más que un ser decaído y sin voluntad. Su último arranque, acabó de agotar sus energías; de aquí que, dejándose manejar como un autómatas, saliera de París, yendo a esconder su amargura en un país extranjero.





CAPÍTULO TRECE

Margarita, atacada de muerte por su incurable enfermedad, fué poco a poco siendo abandonada de sus amigos.

Sola con la fiel Nanette y postrada en el lecho, veía el desvío de los que en otros tiempos felices la asediaban, y sufría con paciencia el calvario que ella misma se había impuesto.

Era el día de Noche Buena.

La nieve azotaba los cristales de la alcoba de Margarita, la cual se incorporó trabajosamente en el lecho y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las diez, señora.

—¿No ha venido nadie?

—Nadie.

—¿Tampoco me han traído nada?

—¡Oh, eso sí! Lo de todos los días. Este ramo de camelias.

Margarita tomó las flores que le presentó la doncella y sacando de entre las camelias una tarjeta leyó:

"Le mando las camelias, hoy también, como sé que lo hubiera hecho mi hijo de haber estado en París.

"Le he escrito y lo espero de un momento a otro.

"Hace votos por su salud,

Un padre agradecido."

—¿Qué te parece, Nanette? ¿Vendrá pronto?

—Así lo espero, señora.

—Y yo sin poder abandonar esta cama. ¿Qué te dijo anoche el médico?

—Habló delante de usted.

—Sí, pero a mí sólo me da consuelos para animarme.

—A mí me dijo, que si vencemos la crudeza de este invierno y logramos la primavera...

—¡La primavera! ¿Te acuerdas Nanette? En primavera fué cuando conocí a Armando.

—Yo fui la mediadora.

—Qué dichosa era entonces...

—Espero que volváis a serlo, señora.

Margarita inclinó la cabeza sobre su pecho y pareció quedarse meditando. De pronto sonó un fuerte campanillazo.

—¡Nanette! ¿Has oído? ¡Llaman! ¡Oh, Dios mío... es él, mi Armando!...

La doncella vió también defraudadas sus esperanzas al encontrarse de manos a boca con un individuo que le presentaba unas facturas.

La enferma se enteró desde el lecho de lo que pasaba y suspiró:

—¡Hay que pagar esas cuentas, aunque sea vendiendo lo más preciso!

—Ya se ha conformado con esperar unos días más.

—Bien Nanette... pero es preciso que no lo sepa Armando, y su padre mucho menos.

—No lo sabrán, pierda usted cuidado.

—Mira, es preciso que ignore hasta mi deplorable estado de salud... el pobre se alarmaría.

No lo creo, el aspecto de usted es el mismo de siempre.

—¡Me engañas, Nanette... y te perdono en gracia a tu buena intención.

Le digo la verdad, señora; y cuando vuelva don Armando, él se encargará de que vuelvan a sus mejillas aquellos hermosos colores.

—¿Mis mejillas? ¿Quieres darme un espejo?

—¿Para qué?

—¿No dices que no he variado?

—Es que el doctor me tiene encargado que aleje de usted cualquier emoción.

—¿Y tú crees que mirándome al espejo, me emocionaré? Bien, Nanette, bien. No necesito saber más...

Margarita quiso seguir hablando y no pudo debido a un tremendo ataque de tos.



CAPÍTULO CATORCE

El doctor se presentó una hora más tarde, encontrando a la enferma tan postrada que acabó por perder la últimas esperanzas.

—Ya no le esperaba hoy, doctor—dijo Margarita con débil acento.

—Pues aquí me tiene usted, dispuesto a que charlemos un rato — manifestó el médico, tratando de animar a la enferma.

—No será mucho lo que hablemos... es decir, sí. Tengo una magnífica noticia que comunicarle.

—Veamos.

—Armando está para llegar de un momento a otro.

—¿Le ha escrito?

—Me lo ha comunicado su señor padre.

El doctor comprendió en seguida que se trataba de dar una alegría y se unió a los deseos que sin duda abrigaba el señor Duval.

—Entonces, espero que hará cuanto yo le ordene para que Armando la encuentre tan bella como cuando la conocí.

—Eso es lo que no podrá ser, por mucho que yo me afane en conseguirlo.

—Todo podrá ser si usted hace un esfuerzo.

—Nanette no ha querido darme un espejo.

—Y por cierto que no ha hecho más que lo que yo le tengo ordenado.

—¿Y qué es ello?

—Que no la moleste lo más mínimo cuando yo esté fuera.

—¿De modo que ahora podré verme a mis anchas?

El doctor se quedó cogido en sus propias redes, y no tuvo más remedio que acceder a lo que con tanta insistencia le pedía la enferma.

—Tiene usted que considerar—le dijo antes de entregarle en cristal—, que lleva muchos días sin tener apetito.

—Lo considero todo, doctor.

—Y que se ha de encontrar más demacrada que

antes; pero yo le prometo, que en pocos días volverá a su estado normal.

Margarita se contempló un buen rato en el espejo y, dejándose caer sobre el lecho, murmuró convencida de la horrible realidad.

—¡No hay remedio!

—Vamos, Margarita, es preciso que demuestre usted su valor y su cariño hacia el que espera.

—¿Llegaré a verlo?

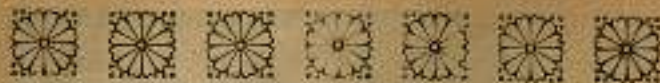
—Su voluntad es la única que lo tiene que hacer.

—¿Y usted no ayudará a mi voluntad?

—¿Pues no he de ayudarle?

Margarita sufrió un síncope tan alarmante, que el doctor lo creyó todo perdido.





CAPÍTULO QUINCE

Media hora después se disponía a salir el galero, demostrando en su especial estado de ánimo que no le quedaba esperanza alguna.

—Muy mal, ¿verdad?—le preguntó en la antesala Nanette.

—No hay remedio.

—¡Oh, pero esto es horrible!

La enfermedad ha podido más que la ciencia. No hay nada que intentar para salvar de la muerte a esta infeliz criatura.

La doncella se limpió las lágrimas que nublaban sus ojos y volvió junto al lecho de Margarita.



—*Se acerca mi fin, Nanette... y Armando... no viene.*

—No he oído nada de lo que has hablado con el doctor, pero sé lo que te ha dicho.

—Señora!...

—Que no tengo remedio... si Nanette, me siento morir... y él no viene,

—¿Quizá dentro de poco?...

—Ya es demasiado tarde. Levanta los visillos de los cristales y déjame que vea otra vez su ventana... ¿Volverá?... ¡Quizá aún vuelva mi... Armando!

—Si, no lo dude usted, vendrá.

—¡Vendrá... pero cuando estas flores se hayan marchitado!

Después, un suspiro muy débil y Margarita, la sublime mártir de un gran amor quedó dormida sobre las camelias con el sueño eterno.

* * *

Armando cerró el diario que acababa de leer, y contemplando extasiado el retrato de su amada que estaba para subastar, murmuró, cayendo de rodillas ante el cuadro:

¡Margarita, amada mía, perdón!

FIN

BATURRADAS

Hermosa colección de cuentos,
chistes, ocurrencias, cantos etc.

Por

Juan del Ebro

/

Se han publicado los tomos siguientes:

- 1 CHISTES BATURROS
- 2 CARTICAS BATURRAS
- 3 UN BATURRO ENAMORADO
- 4 LAS BODAS DEL MAÑO
- 5 OCURRENCIAS BATURRAS
- 6 GRESCA BATURRA

Bonitas cubiertas en tricomía

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por CLOVIS EIMERIC
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por RICARDO PRIETO
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por CLOVIS EIMERIC
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por ANTONIO GUARDIOLA
- 5 EL HERÓICO DON JUAN
por CLOVIS EIMERIC
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por RICARDO PRIETO
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por CLOVIS EIMERIC
- 8 AGUA MANSA
por RICARDO PRIETO
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por CLOVIS EIMERIC
- 10 CORAZONES UNIDOS
por PEDRO NIM

RECIO: 60 CÉNTIMOS

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos
Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA

Do - Re - Mi

PUBLICACION SEMANAL

Cada semana una obra para piano y canto de los mejores autores. Lujosa y más elegante publicación que las que se venden a mayor precio



35 céntimos el ejemplar

Precio de subscripción:

4 PESETAS TRIMESTRE

Pago anticipado

Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricotomía e ilustraciones
interiores. ¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renex.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renex.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renex.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Unasusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Angel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos

History of the State of New York

From the Earliest Period to the Present Time

By David B. Ogden, Esq.

Author of the History of the State of New York, &c.

Published by D. B. Ogden, No. 10, N. York St.

NEW YORK: 1845.

Price, 10 Cts.

W. B. Ogden, Printer.

W. B. Ogden, Printer.

Poesía Postal

por
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas